

Humanismo y Medicina

No es posible imaginarnos un médico sin cultura humanista. La cultura no constituye una carga para nadie, y menos aún para el profesional de la medicina.

Si no la posee, podrá ser un competente técnico —que vende conocimientos— pero no logrará, jamás, comprender todo el maravilloso universo del hombre.

Más que una técnica la medicina debe estimarse como una filosofía de la vida. La técnica no puede ser opuesta al alma, y al dolor del ser humano. El enfermo busca más que a un técnico a otro hombre que sepa hermanarse con él y poder compartir así toda angustia que lo amenaza.

La medicina tiene una relación directa con el hombre. Por tanto, todo lo que a éste preocupa debe constituir, también, preocupación de quien se ha lanzado a la maravillosa aventura de ejercer tal disciplina. Sin alegar al extremo de la famosa sentencia de Letamendi —autor de clásicos textos de patología y clínica—, “DE QUE EL MEDICO QUE SOLO MEDICINA SABE NO SABE NI MEDICINA SIQUIERA”, es evidente que la cultura humanista lo acerca más al hombre. Lo hace más comprensivo, generoso y bueno, y también más eficiente.

Debe buscarse en la cultura la inspiración necesaria para actuar, no únicamente como profesional capaz, sino para entender en toda su magnitud los serios y complejos problemas que conmueven a la humanidad.

La cultura debe constituir para el médico su esencial preocupación. El sabio hispano Santiago Ramón y Cajal, exclamaba: “Se ha dicho tantas veces que el problema de España es un problema de cultura. Urge, en efecto —agregaba— si queremos incorporarnos a los pueblos civilizados, cultivar intensamente los yernos de nuestra tierra y de nuestro cerebro, salvando para la prosperidad y enaltecimientos patrios todos los ríos que se pierden en el mar y todos los talentos que se pierden en la ignorancia”.

Recomendar la formación de médicos enciclopedistas convertidos en “Archivos” de conocimientos, a veces superficiales y fríos, no es constructivo. Por el contrario, la formación humanista hará más por el progreso y la civilización en general que aquellos, además, permitirá al profesional a comprender todo el drama humano. Y por lo tanto cumplir con su elevada misión.

El médico necesita, cada vez más, de humanismo, como el árbol demanda la lluvia y el sol.

Sólo hay un camino para llegar al fondo de la ciencia, el espíritu templado del humanismo, expresa con acierto el maestro Gregorio Marañón.

Cuando el Dr. Ignacio Chaves, fundador y director del Instituto de Cardiología de México, estuvo en Costa Rica, donde contaba con un numeroso grupo de alumnos y admiradores, expresó en la Universidad de Costa Rica los siguientes conceptos:

“El humanismo no es un lujo ni un refinamiento de estudiosos que tienen tiempo de gastarlo en frivolidades disfrazadas de satisfacciones espirituales. Humanismo quiere decir cultura, comprensión del hombre en sus aspiraciones y miserias; valoración de lo que es bueno, lo que es bello y lo que es justo en la vida; fijación de normas que rigen nuestra vida interior, afán de superación que nos lleva, como en la frase del filósofo: “a igualar la vida con el pensamiento”.

Esa es la finalidad del humanismo al hacernos cultos, la ciencia es otra cosa; nos hace fuertes pero no mejores. Por eso el médico entre más sabio debe ser más culto . . . y más bueno, agregamos nosotros.

Nuestra preocupación de siempre de formar un médico que sea capaz de asumir con toda plenitud su responsabilidad; un médico que valore debidamente las implicaciones sociales y económicas que acompañan siempre al progreso patológico; un médico que sea algo más que un “técnico del protoplasma”, un médico que realiza su profesión con sentido humano y social dentro del marco de la elevada comprensión humana; un médico, que sea, en fin, un hombre integral en el más amplio sentido del vocablo.

El médico debe tener una sola aspiración: vivir, como profesional y ciudadano, con amplitud, intensidad y con verdadero sentido humanista hasta el último instante de su fugaz existencia.

JOSE AMADOR GUEVARA
